

El bautizo de los perros

SERGIO MARRAS

La semana pasada el tema fue el bautizo de los gatos y de cómo éstos, según el poeta T.S. Eliot, tienen siempre tres nombres diferentes: uno ordinario, otro peculiar y, por último, uno que sólo cada gato conoce; su nombre inscrutable, su esencia, aquel que cada gato rumia mientras lo vemos inmóvil sobre un sofá, un tejado o una escalera.

Eliot, en ese mismo poemario, *Old possum's book of practical cats*, al que se hizo referencia, advierte que hay muchas clases de gatos y que, en su opinión, no se debería necesitar de intérpretes para entender sus caracteres. Y esto, simplemente, porque los gatos, como toda la gente, tienen varios modos de pensar. Claro, unos son más sanos que otros, los hay buenos y malos, aunque todo dependerá del cristal con que se les mire.

Lo que sí siempre está claro, según Eliot, es que nunca un gato será un perro y quien pretenda otra cosa podrá pasar muy malos ratos.

Los perros, en general, son almas simples. Por supuesto que hay muchas excepciones, pero el perro común fácilmente pierde su orgullo y por unas recompensas insignificantes puede hacer cualquier tipo de pederasidades. Basta rasarle el cuello detrás de las orejas o palmotearle el lomo y, en menos de lo que cuenta un gallo, su dignidad habrá desaparecido. Estará dispuesto a obedecer cualquier orden o cualquier grito.

Con los gatos, sin embargo, es muy diferente. Hay que dejar que hablen primero ellos. No les gusta la familiaridad. Eliot, cuando se topaba con un gato desconocido, simplemente se sacaba el sombrero y le decía: "O cat". Si era el gato del vecino, lo saludaba "Dear cat", aunque supiera que se llamaba James Huxar James, porque un gato, para que se cuente como amigo, necesita una verdadera prueba de carácter: hay que darle un plato de crema o algo de caribú, un pastel de Nutriburgo, pasta de salmón o queso en conserva. Eliot conocía un gato que sólo comía conejo y, cuando terminaba, lamía sus garras para no perderse ni la más mínima porción de salsa de cebolla.

Estas evidencias, para Eliot, hacen que un gato sea digno de ser respetado y que merezca un nombre esencial. Siendo su amigo en la escurridad, se acordará a su verdadero nombre, no al ordinario ni al peculiar, sino al que él siente como suyo y que es su ser. Entonces se estará más cerca de la verdad.

Como ejemplos, Eliot coloca algunos gatos que él conoció: el de Macavity, por cierto, inmortalizado en la ópera-rock *Cat*, cuyo nombre peculiar era El Garra Oculta, un maestro criminal que hacía desesperar a los más astutos agentes de Scotland Yard. Sabiendo que era él el autor de

hechos al lugar de los hechos no podían más que exclamar: "Macavity ya se fue".

No hubo ninguno como Macavity: rompió cada ley humana, cuenta Eliot, incluida la ley de gravedad. Sus poderes de levitación hacían a los fálteres caer en estado de shock. Luego, cuando los agentes llegaban a las escenas más absurdas y horroscas, Macavity ya se encontraba en un profundo subterráneo o parado sobre la luna. Y otra vez habría de escucharse el grito desesperado: "Macavity ya se fue".

Es fácil reconocer a Macavity en muchos de los personajes lat-

entes sorprendentes ilusiones o exotéricas conclusiones prestigitadas a prueba de cualquier examen.

(Preciso! y ya está. Y todos dirán: ¡X!)

Puede hacer cualquier truco con un cercho, con una cuchara o quilo con un poco de pasta de pescado. Puede cruzar por las rendijas más angostas o caminar sobre el abanico más fino. Sacará cualquier carta del mazo o cualquier número en los dados. Siempre está convenciendo a la gente de sus propias abstracciones. Se podría creer que no existe nada más tímido, hasta que se

haya casado un ratón.

Es un gato más bien aburrido cuando está adentro quiere estar afuera. Siempre está en el lado equivocado de la puerta. Es una bestia curiosa que no sirve para nada. Pero él se subirá a cualquier folla en medio de una catarata o de una lechura, porque no hay nada que Ram Ram Tigger disfrute más que molestar al prójimo. Es un fracasado al que nadie le hace caso.

Pero que está allí, lo está. En parlamentos, gabinetes, alcáldas y, cómo no, presidencias de la república.

Por último, está el gato Euphrates, cuyo nombre familiar es Gos. Es un gato actor y vive en las puertas de los teatros. Su abuelo está muy gustoso porque en todos sus años de circo no se lo ha cambiado. Sigue de Parkinson y le tiemblan los gemas. Dice Eliot que cuando joven fue el más inteligente de los gatos. Le encanta invitar pero que los demás paguen y es un gran contador de anécdotas de sus días de gloria. Le encanta narrar sus sucesos teatrales cuando, según él, fue una estrella de primera. "He actuado, cuenta, todos los papeles posibles y acostumbraba a saberme 70 textos que salían del corazón". Saber actuar con su lomo y su cola y con una hora de ensayo no fallará al ante el más difícil auditorio.

Al referirse a los jóvenes, Gos dice: "Estos gatitos no están entrenados como nosotros la estudiamos cuando Victoria reinaba. Piensan que son buenos porque saltan por un anillo, pero nunca han logrado formar una verdadera compañía teatral". Y después menciona como al pasar, mientras se rasca con sus garras: "El teatro ya no es lo que fue".

Eliot, sin duda, debería haber desarrollado más su teoría sobre los perros y su simplicidad de alma: quizás también hubiera descubierto la esencia de la nobleza y la verdad como valores paralelos y respetables al de los gatos con una inscrutabilidad y profundidad diferentes, basadas en la permeabilidad. Se necesitan más perros con el alma simple entre los hombres de Estado, que sin duda los hay, aunque los Hilos son más. Estos no necesitan retorcimiento para poder gobernar. Lo hacen con la simplicidad del alma de los pueblos que gobiernan. A los perros se los entiende mejor. Habría que caracterizar entre los nombres de los perros, quizás tengan cuatro. Posiblemente, sería logarse con un mundo más transparente y, por lo tanto, más tido, no sólo en la política sino también en la vida cotidiana, en las propias cosas.

Desgraciadamente, el gran T. S. Eliot no tuvo tiempo para investigar.

(El autor es escritor)



ROBERTO M. HOLLAND - OP ART

noamericanos de Estado, y, por cierto, no sólo en los latinoamericanos, aunque especialmente en ellos: tienen los ojos hundidos, las orejas pobladas y truncadas, como si allí archivaran todo su pensamiento. Sus cabezas son majestuosas y tienen las patillas desproporcionadas. Mueven la cabeza de lado a lado como una cubera y cuando se piensan que están medio dormidos, por un leve tic de sus bigotes se convierten en completamente despiertos. Los palacios de gobierno del continente están plagados de Macavities.

Lacon responsables y sus huellas digitales no están en ningún archivo de Scotland Yard ni de cualquier otro cuerpo policial. Después de cualquier crimen grave, ya nadie quiere investigar: la policía sabe quién fue, pero nunca le pondrá las manos encima.

Otro caso de mencionar, de los gatos conocidos de Eliot, es el de Melissoles, el auténtico gato conspirador. Según Eliot, no hay otro gato en la metrópolis que maneje mejor los monopolios del poder sobre la base de

lo siente maldecir fuertemente en el techo. Entre sus poderes está el de dormir en la sala, mientras todo el mundo pasa por su lado buscándolo en el jardín. También hay Melissoles entre los hombres de Estado.

Otro caso curioso es el de Ram Ram Tigger, el que justamente es llamado El Gato Curioso, porque si se le ofrece talada

La teoría sobre los perros de T.S. Eliot debería haber sido más desarrollada. Quizás también hubiera descubierto la esencia de la nobleza y la verdad como valores paralelos y respetables al de los gatos con una inscrutabilidad y profundidad diferentes, basadas en la permeabilidad.

preferirá guiso, y si se vive con él en una casa, siempre preferirá un departamento; y si por fin se le cambia a un departamento, nada más que por darle el gusto, volverá a aborrecer la casa. Cuando una vez más se lamenta de no haber casado una rata, y cuando una vez más se lamenta de no

El bautizo de los perros [artículo] Sergio Marras

Libros y documentos

AUTORÍA

Marras, Sergio, 1950-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El bautizo de los perros [artículo] Sergio Marras

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa